

DON JUAN DE LA TIERRA.



NUEVA RELACION

en que se da cuenta y declaran los hechos, arrestos y valentías de este héroe, natural de la villa de Illescas.—Dáse cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey, con todo lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Corónense de laureles
todos los guapos de España,
al oír de un castellano
triumfos, victorias y palmas,
y los hombres mas valientes
humildes le rindan párias
á este héroe, á este tremendo,
segundo Marte en las armas.

Nació en la villa de Illescas
dando aumentos á la fama,
el gran don Juan de la Tierra
de esclarecida prosapia,
aunque un mediano caudal
á su padre le acompaña.
Diéronle estudios, y fué
un Séneca en la elegancia:



y en manejar el acero
escedía á otro Carranza:
aquí se cumple el refrán,
hombre pobre todo es trazas.
Sabiendo estas facultades,
á rienda suelta se andaba,
riñendo algunas pendencies
en defensa de las damas.
Cumplidos los veinte años,
edad florida y gallarda
de sus juveniles dias
y madurez de su infancia,
en el golfo de sus gustos,
eterno consideraba
á su padre, mas frustróse
toda su vana esperanza;
se trasformaron sus gozos
con anhelo y la carga
de su madre, y los cuidados
de su padre le quedaban.
Mas como la juventud
en nada pone eficacia,
arrestado dió la muerte
á un mancebo de su patria.
Ausentóse y fué á la corte,
tomó de soldado plaza
en una bandera que,
para Nápoles marchaba,
y con capa de soldado
vivía muy á sus anchas. •
Salióse una oscura noche
á buscar á cierta maja,
y al pasar por una calle
oyó que hablaba una dama,
porque el eco de la voz
femenina se mostraba.
Paróse é hizo reparo
que á un caballero le hablaba,
diciendo: póngase en fuga,
mire que si no le matan;
á cuyo tiempo llegaron
ocho hombres con espadas.

Juan de la Tierra que vió
aquella alevosa infamia
al lado del caballero
se puso con arrogancia.
Portóse con tal vigor,
que los cuatro en la estacada
fueron á dar residencia
á las celestes moradas,
y los otros hacen fuga,
que con el viento volaban.
El caballero le dice:
¿Quién eres? ¿cómo te llamas?
Juan de la Tierra es mi nombre,
Illecas mi amada patria.
Así le hablaba don Juan
á la majestad cesárea
del rey don Felipe cuarto
el que al proviso le manda
tomase algunos doblones,
y tambien la real alhaja
de un anillo de brillantes,
y que á palacio se vaya
luego que amanezca el dia,
que será mejor la paga,
que él era el mayordomo
del rey; y mire, le encarga,
que no se olvide de ir;
adios, porque viene el alba.
Don Juan colocó su anillo
en una bolsa, y lo guarda
con cuidado dentro del pecho
(¡oh lo que el discurso alcanza!)
En tanto que hubo dineros
tuvo muchos camaradas.
Ligó el dia de partida,
á Nápoles fué la marcha,
llegaron á la ciudad, **G**
adonde el resto gastaba;
viendo no tenia un cuarto
y que el hambre le apretaba,
acordóse de su anillo.
A un platero se llegaba

á ver si comprar queria
aquella fina tumbaga.
El platero que la vió,
le responde estas palabras:
Señor príncipe, ¿qué es esto?
este anillo lo declara
que sois persona real;
su alteza no niegue nada.
Don Juan reparóse y dijo:
Soy hijo del rey de España,
el grande Felipe cuarto;
por defender á una dama,
le dí la muerte sangrienta
á un hijo del duque de Alba
y temiendo de mi padre
el castigo que me aguarda,
hasta verlo mas templado
es fuerza que ausencia haga.
De la corte me sañ
sin que nadie sepa nada,
y así, si tú determinas
el que se vea ensalzada
tu casa, haciéndote noble,
sobre esta real albaja,
para mi adorno y decencia
dame monedas y galas;
que si te portas conmigo,
luego que pase á España
prometo te ampararé,
juro por mi real palabra.
El platero le responde:
en esta ciudad se halle
un amigo mio, que
grande hacienda le acompaña.
á este dicho le hablaré
en lo que su alteza manda.
Mucho puede el interés,
su imperio todo lo arrastra.
El maestro de platero,
se partió con vigilancia
á casa de su amigo;
cuenta de todo le daba,

como en su casa tenia
á un gran príncipe de España
que era dueño de la prenda
que dice su forma y traza
Movido de la codicia,
le pusieron una casa
adornada con primor,
le remiten dos criadas,
dos criados y carroza,
compuesta y aderezada.
El les encarga el secreto,
y es porque así le importaba.
Se cruzaban los doblones,
los diamantes y las galas.
Sepamos que el mercader
tiene por hija una dama
hermosa á las maravillas,
que es de todos envidiada.
Llegó el dia de San Juan,
en que previno en su casa
diversidad de manjares
para la funcion que aguarda
Fue á ver al príncipe, y vióle
las vísperas celebradas
de su santo, y le suplica
que pase á honrarle su casa
con su persona real,
que humilde se lo rogaba.
Amaneció el dia alegre,
poner la carroza manda,
y adornóse lo posible
desde el cabello á la planta.
Triunfante se paseó
hasta llegar á la casa
del mercader, y apeósc,
alegre le saludaban.
El mercader á su hija
la ha encerrado en una sala;
obedecióle á su padre;
mucho puede la crianza,
pero mas puede el amor,
que son muy grandes sus trazas.

Pusieron, en fin, las mesas
con agradables viandas.
A este tiempo la doncella,
que se miraba encerrada,
por el ojo de la llave
al príncipe divisaba,
y de su arte y su brio
fué mariposa abrasada.
Abajóse, y por la puerta
una gatera se hallaba;
con disimulo sacó
una hermosa mano blanca,
empezando á descifrar
por letras sus esperanzas.
Hizo don Juan el reparo,
que se hallada cara á cara,
fingiendo estar desmayado,
ó que un accidente le daba:
todos se desalinaron,
teniéndole por desgracia.
Volvió de aquel accidente
donde en el lecho descansa;
suspiros exhala al viento,
el uno al otro se alcanza.
Don Juan á su casa vino
discurriendo forma y traza

para probar la pechuga
del ave napolitana.
Del platero se valió
diciéndole estas palabras:
cien doblones te daré
si me llevas esta carta
á casa de tu compadre,
y la entregas á una dama,
á una deidad, no la he visto,
solo si su mano blanca,
yo muero y no sé por quién,
esta confusion me acaba,
una esperanza me alienta,
este enigma me contrasta.
¿Has visto por dicha ó suerte
esta que me roba el alma?
El platero le responde:
es una hermosa muchacha,
hija del compadre mio;
yo le llevaré la carta.
Dejemos en este estado
la relacion en sumaria,
que Pedro Salvador dice
quedaré finalizada,
del gran don Juan de la Tierra
la historia tan celebrada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE





DON JUAN DE LA TIERRA.

SEGUNDA PARTE.

Tomó la pluma don Juan,
y de esta suerte notaba:
•Desde el instante que ví
esa hermosa mano blanca,
quedé confuso, señora,
tan rendido y tan sin alma,
que aunque vivo, no estoy vivo,
porque no vivo en tu gracia;
por lo cual yo te suplico,
si merezco dicha tanta
de ver esos dos luceros,
ó esa gracia estremada;

tendrás por esclavo á un hombre
que es un príncipe de España,
y al recibir el favor,
te daré el premio y la paga
de mi real mano, y serás
la infanta mas celebrada,
y en tus escudos pondrás
Castilla y Leon por armas.
Guárdete el Cielo, señora,
y cumple mis esperanzas. •
El portador se partió,
dió en mano propia la carta,

Rompíó la nema y leyó,
y la respuesta notada
de la dama en esta forma
formalizó sin tardanza:
«El referir á su alteza
soy mariposa abrasada,
por vida vuestra, que es
la verdad verificada.
La puerta de mi jardín
tendreis esta noche franca;
el portador guiará,
porque no ignora la entrada.»
Recibió el tal contenido,
fué generosa la paga;
y en aquella misma noche
de ropa corta se arma,
con su calada montera,
y con su capa de grana,
tambien un par de pistolas,
para su defensa guarda.
Tocó del reloj las once,
y á la diligencia marcha.
Entró don Juan y quedó
el otro de retaguardia.
Pasados los cumplimientos
que entre los amantes pasan
disfrutó tiernas caricias
en alfombras de esmeraldas.
Pasados ya los seis meses,
cuenta á su amante le daba,
suplicándole amorosa
que se vinieran á España,
que se considera en cinta
y se siente embarazada.
El la respondió diciendo
que algo atrasado se halla,
que á su padre le robase
para el viaje que aguarda.
A su padre le quitó
cantidad de oro y plata,
y disponiendo el viaje,
que el dinero mucho alcanza,

una tenebrosa noche,
hasta la playa romana
un bergantín les condujo,
á donde hicieron parada;
hasta que yendo en camino,
muy claramente le habla,
diciendo que es labrador,
y no príncipe de España,
que el real anillo que vió
se lo dieron, y esto basta.
En fin, se la trajo á Illescas,
á donde se desposaban,
y con el caudal compraron
gran número de labranza.
Dejemos á los amantes
con gran reposo en su casa.
Viendo, pues, el mercader,
que la hija le faltaba
y el príncipe no parece,
previno pasar á España.
En breve tiempo en la corte
estuvo, y haciendo árduas
diligencias con secreto,
á todos les preguntaba
por el príncipe don Juan,
hijo del cuarto monarca.
Le dicen pase á palacio
que allí darán esperanzas.
Entró, en fin, y preguntando
por la majestad cesárea,
le dan el pase y subió.
Hizo las acostumbradas
cortesías que se deben,
diciéndole estas palabras:
de Nápoles he venido
solo á besar vuestras plantas,
y á suplicaros, señor,
el que justicia se haga
con quien me robó mi hija,
y se le ha traído á España.
A Nápoles fue, señor,
un hombre que se llamaba

Juan de la Tierra, y me dió
aquesta real alhaja,
y dijo que era hijo vuestro,
y en la dicha confianza,
para su adorno y decencia
le di monedas y galas.
No siento, señor, la hacienda;
solo siento mi hija amada.
El gran Felipe acordóse
de aquella noche pasada,
cuando al soldado le dió
el anillo, y se separa
diciéndole que volviese
al cabo de dos semanas.
El gran rey mandó llamar
á un capitan de sus guardias,
diciendo pasase á Illescas,
y diligencias se hagan
de un tal don Juan de la Tierra,
y que á palacio lo traigan.
Fué el capitan, y lo halló,
vino con su esposa amada.
Ante el rey los dos pusieron
á lo que dispone y manda
que todos se retirasen,
con el soldado quedaba.
Juróle por su corona,
si la verdad no declara,
que tiene de castigarlo;
que, ¿quién le dió aquella alhaja
Je aquel anillo real?
A lo que don Juan le habla,
diciéndole: paseando
una cierta noche andaba
por la córte, cuando oí
una voz muy delicada
de una dama que decia:
huya, huya, que lo matan.
Vide á cierto caballero
hecho un Marte en la campaña,
que de ocho se defendia
con española arrogancia.

A su lado me planté,
arranqué, señor, la espada,
quitándole algunas puntas,
porque grandes estocadas
le tiraban los traidores;
mas fué mi fortuna tanta
que al caballero ni á mí
se nos agraviase en nada,
y agradecido, señor,
el referido me daba
unos doblones, y dióme
ese anillo que se ensalza
en vuestra mano real.
Me dijo, á palacio vaya,
que él era el mayordomo,
y mire no haga falta.
Nunca me acordé de ir;
seguí á Nápoles la marcha,
señor, en mi regimiento,
donde he hallado dicha tanta,
que con decir yo que era
hijo vuestro, (heróica hazaña)
y que tambien dí la muerte
á un hijo del duque de Alba
engañando á un mercader
saquéle su hija amada.
Paséme á España, señor,
con hacienda muy sobrada,
recibí del matrimonio
las ceremonias sagradas.
Aquí teneis mi cabeza
y la verdad declarada.
Maravillado quedó
el rey viendo la sumaria
del término de su vida,
y al mayordomo le manda
que lo mantenga en palacio.
Así estuvo dos semanas
hasta que el napolitano
la vuelta á palacio daba.
El rey le mandó que aguarde
hasta segunda ordenanza.

Mandó subiese don Juan
y venga su esposa, y traigan
una gala de la reina
para que fuese adornada.
Al soldado puso el rey
Toison y Llave dorada,
y un baston de general,
y que se sentase manda.
Cubrió con unas cortinas
de tela muy realzada
sus personas, y dispuso
que al napolitano traigan.
El rey dice: ea, amigo,
ya el pájaro está en la jaula;
ya está preso el agresor,
la sentencia ha de ser dada
entre los dos; ¿qué os parece?
¿ha de ser hoy ó mañana?
Respondió el napolitano:
si á mi gusto ha de ser dada,
como parezca mi hija
que no se agravie en nada.
—¿Qué, á tu enemigo perdonas?
—Sí, señor, porque me agrada
aquel arte y compostura,
y disposición gallarda.
Corrió el rey las dos cortinas,
y de esta suerte le habla:

aquí tienes á don Juan,
mira aquí tu hija amada.
Levanta, gallardo jóven,
tres veces grande de España,
caballero del Toison,
señor de Llave dorada;
fiel defensor de la vida
del gran rey de las Españas
Levanta, señor de Illescas
y de todas sus comarcas.
Ea, buen Napolitano,
ya la senteneia está dada,
idos en paz, y de Himeneo
goceis delicias sobradas.
Besaron al rey la mano
por mercedes tan colmadas.
Los títulos le entregaron
en que hoy autorizada
se ve la casa del dicho,
en Illescas la nombrada.
Gozoso el napolitano
se ausentó para su patria,
á vender toda su hacienda,
y luego venirse á España.
Y Pebro Salvador pide
al auditorio las faltas
perdone, si es que las hay
en la historia declarada.

